

El sur de Sinaloa en la época prehispánica

LUIS ALFONSO GRAVE TIRADO

Se presentan los datos con los que se cuenta hasta ahora de los procesos ocurridos en la época prehispánica en el sur de Sinaloa. Para ello se divide la ocupación en tres etapas: la primera abarca del 300 al 750 d. C., la segunda del 750 al 1200 d. C. y la última de aquí a la llegada de los españoles. De cada una de ellas se refieren las características de sus utensilios, las actividades de subsistencia, la situación política y las relaciones con otras regiones.

Introducción

Lo que aquí se presenta es consecuencia directa de la investigación arqueológica de salvamento llevada a cabo con motivo de la construcción de la carretera San Blas-Mazatlán. Tramo Sinaloa, Subtramos Mazatlán-Rosario y Escuinapa-Límites entre Sinaloa y Nayarit. En este trabajo se tratará de dar respuesta, aunque sea a través de la formulación de nuevas preguntas, a las interrogantes que surgieron antes, durante y después del trabajo de campo. Para ello se utilizaron no sólo los resultados de nuestra investigación sino también los de trabajos arqueológicos previos.

Una característica de lo que ahora es el sur de Sinaloa, que inmediatamente es percibida al enfocar el interés hacia su pasado (y también hacia su presente), es la variedad de recursos naturales con los que cuenta; ya que de manera más bien rápida y fácil, es posible acceder a los productos de la sierra, el pie de monte, la llanura costera, los esteros y el mar.

Por otro lado, merece también resaltarse la unidad geográfica que hay entre el sur de Sinaloa y el norte de Nayarit; en particular, en el área comprendida entre el río Piaxtla, al norte de Mazatlán y el río Santiago, en la parte central de Nayarit; región que es dominada por la presencia de esteros, a través de los cuales es posible mantener una interrelación constante, ya que prácticamente toda su extensión es navegable por embarcaciones pequeñas en todo el año (fig. 1).

I

Si nos remitimos a la historia de la arqueología sinaloense hay datos que indican la posibilidad de que la ocupación más temprana de la zona se remonte hasta el periodo Formativo temprano, esto es, por el año 2000 a. C.;¹ sin embargo, los datos en que se funda son muy pocos y endeble.

De hecho, durante nuestra investigación, no obtuvimos ningún elemento que nos permitiera

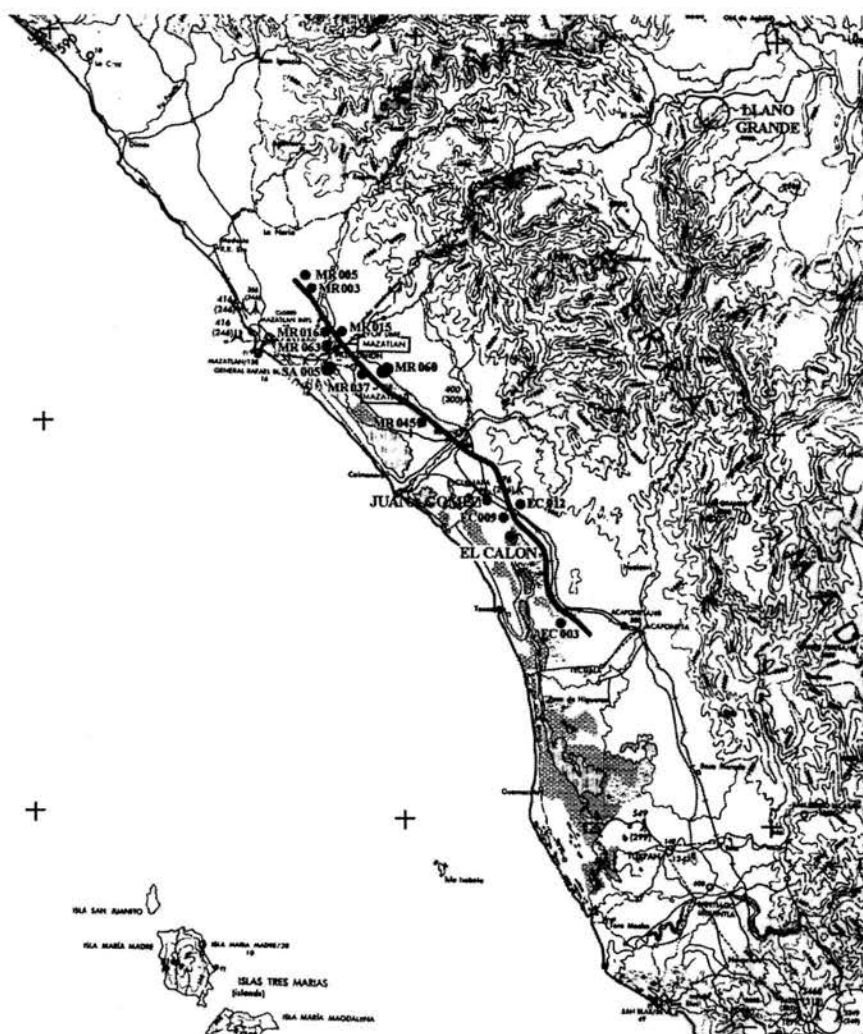


Figura 1. Mapa de la región sur de Sinaloa y norte de Nayarit.

el reconocimiento de alguna ocupación anterior al año 300 d. C., es decir, del periodo Formativo; lo cual, por supuesto, no es razón suficiente para proponer que no la hubo; pero mucho menos para especular en torno a sus características culturales, de organización sociopolítica o de relaciones interregionales.

De acuerdo con la secuencia cerámica establecida por Isabel Kelly en Chametla² y su posterior revisión por Charles Kelley y Howard Winters,³ la ocupación más temprana claramente identificada en la región comienza alrededor del año 300 d. C. y, teniendo como base esta seriación, nues-

tros datos así lo confirman, ya que la manifestación más temprana en la franja investigada es la de cerámica de la fase Tierra del Padre (250/300 al 500 d. C.), especialmente el tipo "Chametla policromo temprano" que es el tipo diagnóstico de esta fase. Aunque en realidad esto ocurre en pocos sitios; sin embargo, es posible que los materiales monocromos, que normalmente se considera que corresponden a la fase siguiente (Baluarte, entre el 500 y el 750 d. C.), provengan desde esta época. Esto lo decimos en virtud de que los materiales monocromos se encontraron asociados tanto al tipo diagnóstico de la fase Tierra del Pa-

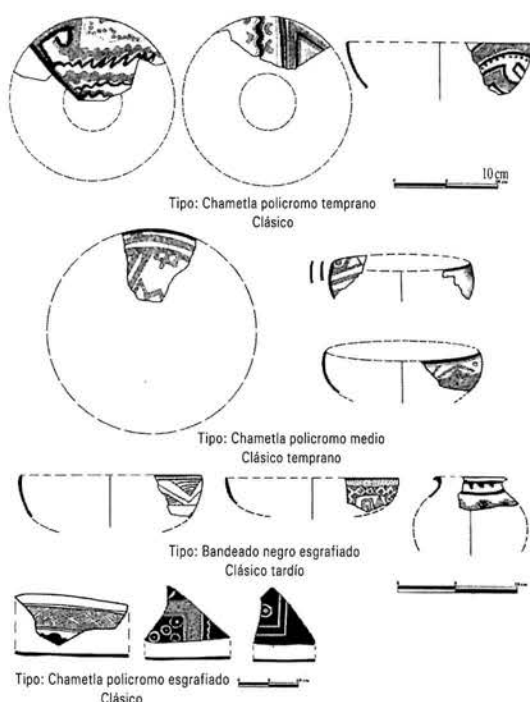


Figura 2. Tipos policromos de la primera etapa (300-750 d. C.).

dre como a los de la fase Baluarte. Yendo más allá, el tipo Chametla policromo temprano puede tomarse en realidad como una variante de los tipos diagnósticos de la fase Baluarte (Chametla policromo medio, Negro bandeado esgrafiado); por lo que es probable que en realidad no se puedan diferenciar culturalmente estas dos fases sino que pueden corresponder a una misma dinámica (fig. 2).

Tanto los materiales decorados como los monocromos fueron elaborados con una misma clase de pasta, además de que presentan el mismo acabado de superficie, así que es probable que hayan sido hechos por un mismo grupo de gente que mantuvo las mismas costumbres, explotó los mismos ecosistemas, en fin, mantuvo la misma cultura (o sea, dentro de lo que cabe, era la misma gente). Así, de acuerdo con estos datos, en un primer momento, los grupos se asentaron (¿llegaron por primera vez en este periodo o son la continuación de los habitantes del Formativo que no

se han descubierto?) sobre todo en aquellas zonas más favorables geográficamente de la región, esto es, a orillas de los cuerpos de agua de caudal permanente como los ríos y algunos arroyos grandes, así como en algunos de los valles más fértiles, que son las zonas que mayores ventajas ofrecen para la subsistencia.

Más adelante, conforme aumentaba la población, se fueron ocupando en forma extensiva la vega del río Presidio, en su mayor parte a través de pequeñas comunidades ribereñas, al parecer compuestas por unas cuantas casas, separadas de las demás por apenas el espacio suficiente para mantener una parcela. Asimismo, en la segunda mitad del Clásico (a partir del 500 d. C.), se ocupan prácticamente todos y cada uno de los lomeríos ubicados a orillas de arroyos de corriente intermitente, aunque la mayoría por poco tiempo y casi siempre en la forma de casas aisladas o, incluso, únicamente como zonas de cultivo.

Por supuesto, no era sólo de la agricultura de donde obtenían sus alimentos, sino también de la caza como lo indica la presencia, en unidades habitacionales, de huesos de animales salvajes, así como de animales domesticados, en particular de los perros, ya que varios de los huesos recuperados son de esta clase de animal, incluyendo uno en claro contexto ritual (asociado a un entierro humano), pero que tiene algunas características que indican que pudo haber sido cebado;⁴ quizá como las representaciones de perros gordos de Colima. También de la pesca se obtenían recursos alimenticios, ello, en la actualidad, se manifiesta por la presencia en los sitios arqueológicos de conchas de molusco, en particular de "pata de mula", ostión y varias especies de almeja, así como fragmentos de tenazas de jaiba, pero es de suponer que también se explotaban el camarón y diversas especies de pescados, aunque de ello es difícil encontrar los restos como para confirmarlo.

Por otra parte, en lo que respecta a las estructuras arquitectónicas, en los sitios habitacionales más pequeños las casas debieron ser sencillas, con apenas la presencia de horcones para sostener la techumbre y sin la necesidad de cimientos, ya que

por lo general, iban a estar habitadas por un corto periodo de tiempo; sin embargo, en aquellos lugares en los que se iba a estar por tiempo más prolongado, se hizo necesario construir casas con una mayor durabilidad, al menos algunas de ellas, que quizá puedan corresponder a la que habitaba el personaje de mayor prestigio de la comunidad. De cualquier forma, las estructuras habitacionales fueron elaboradas en su mayor parte con materiales perecederos, aunque en algunas ocasiones las paredes se hacían con bajareque, de lo cual es posible que se conserven algunos restos; asimismo, como parte del sistema constructivo, se colocaban piedras limitando la casa, al parecer para evitar la intrusión de alimañas al interior; ello nos permite conocer que eran de forma cuadrangular y que únicamente contaban con una pieza; al menos eso es lo que se observó en el caso que fue excavado.

Dentro de estas casas se enterraba a los muertos, la mayor parte de los cuales eran entierros secundarios, aunque hay también primarios, en todo caso todos eran directos; por lo que parece ser que los famosos entierros en olla de Sinaloa corresponden a un periodo específico, presumiblemente asociados a la cerámica Aztatlán (750-1100 d. C.). Esta situación se reconoció tanto en los sitios excavados en la vega del río Presidio como en la parte sur de la zona de estudio, en los tres asentamientos cuya ocupación principal ocurrió en el periodo Clásico.

Había, además de las casas, algunas otras estructuras más elaboradas, para las cuales se erigieron incluso pequeños basamentos formados, en su mayor parte, sólo por tierra, aunque sí hay unos pocos que presentan piedra en su fachada. No obstante, sobre ellos se levantaban edificios de material perecedero, pero que debieron tener una función distinta de la habitacional; quizá administrativa o ritual; y tal vez en otras se realizarían actividades de carácter ceremonial; ello, por supuesto, se daría en sólo unos cuantos asentamientos.

Esta situación nos lleva, irremediablemente, a la organización sociopolítica de la región en el

periodo Clásico, ya que es evidente que nos está indicando una diferenciación jerárquica entre las distintas comunidades y, por ende, también entre los que habitaban esos poblados. Sin embargo, quizá convenga aclarar que esta diferenciación jerárquica no significa necesariamente estratificación; esto es, las diferencias no estaban determinadas por el distinto acceso a los recursos, sino más bien, era el resultado del prestigio social ganado a lo largo del tiempo por un determinado grupo que, poco a poco consiguió, por decirlo así, la institucionalización del poder; es decir, logró que el poder siempre recayera en alguien de ese mismo grupo a través de la implementación de mecanismos sociales y religiosos, tales como el parentesco, tanto real como figurado, en el sentido de que se proclamaba el grupo más cercano al mítico fundador del grupo social o a la deidad principal.

Ello se manifiesta por la presencia, en muy pocos sitios, de estructuras de carácter ceremonial y, en todavía menos, de plazas en las que era posible llevar a cabo reuniones periódicas que servían para mantener la cohesión de todo el grupo en torno a la deidad y, sobre todo, la autoridad del representante de ésta: el jefe.

Estos sitios de mayor complejidad tuvieron una ocupación prolongada, siendo de los pocos que presentan elementos claros de que estuvieron habitados desde la fase Tierra del Padre, por lo que se ubican casi siempre en las zonas más favorables de la región, además de que por las características geográficas de la misma, era posible acceder con relativa facilidad a los productos de los distintos ecosistemas. Es decir, mientras que en una comunidad ubicada en la sierra se podía contar fácilmente con madera y animales de caza, por mencionar algo, era difícil, por la falta de espacios adecuados, practicar la agricultura y no tenían tampoco los productos de la pesca; por el contrario, un asentamiento de las orillas del estero era eminentemente pesquero, pero no contaba con madera, incluso para una herramienta de trabajo como las canoas, y la tierra tampoco era idónea para la agricultura; en

tanto que las poblaciones de la llanura tenían acceso a buenas tierras laborables, pero no era fácil acceder a los animales de caza ni a la pesca ni a la sal de la costa.

Pero un asentamiento ubicado en un lugar estratégico, la orilla de un río que baja de la sierra y desemboca en el estero, por ejemplo, podía acceder a los recursos de estas tres distintas comunidades y concentrar las diferentes clases de productos para que desde ahí se trasladaran a los sitios que no contaban con determinada clase de ellos. El grupo que habitaba este poblado se encargaría de que en el resto de las comunidades se tuviera acceso a los productos que ellos no producían, creándoles cada vez más la necesidad de los mismos y una mayor dependencia, por lo que a la larga podría controlar sus actividades, para que tuvieran productos para cambiar por los que ellos no tenían, empujándolos hacia la especialización. Aunque ésta no debió haber sido tan acabada si consideramos que en sitios tierra adentro hay presencia de concha, lo que sugiere que sus propios pobladores fueron quienes las pescaron.

En tanto que el grupo que habitaba el poblado en el que se concentraban los productos, al encargarse de la distribución de los mismos, se dedicaría cada vez más a las actividades secundarias como la administración y cada vez menos a las actividades productivas; asimismo, esta especialización y los mecanismos de control llevarían a esa comunidad a convertirse en el asiento del principal edificio religioso de la región. De tal modo vemos que, en determinado momento, un asentamiento llegaría a ejercer el control económico, político y religioso sobre el resto de las comunidades de una zona, lo cual se manifiesta en forma clara en el patrón de asentamiento regional; sin embargo, las áreas de dominio no eran muy extensas, sino que se supeditaban, al parecer, a zonas geográficas delimitadas. Así, en el periodo Clásico, una de estas zonas pudo haber sido la vega del río Presidio con El Walamo (SA-005) como centro rector y otra la región cercana a la actual población de Escuinapa, en donde el sitio principal sería el de Juana Gómez; y, quizá,

otro sería el valle cercano a Aguacaliente, en el que destaca el sitio El Campamento de Laureano II (MR-037).

Algo semejante debió ocurrir en esta época en el río Baluarte, es decir, que para el lapso de tiempo comprendido entre el 300 y el 800 d. C., y aunque de acuerdo con los materiales cerámicos, costumbres funerarias y las características de los asentamientos había una cierta unidad cultural en toda la parte sur de Sinaloa, no podemos decir lo mismo en cuanto a la política, sino que más bien la región se dividía en pequeños señoríos o cacicazgos, sin que ninguno de ellos haya logrado la hegemonía sobre toda la región. De cualquier forma esta organización sociopolítica les permitió tener relaciones con otras zonas y acceder a productos que no se encontraban aquí, particularmente obsidiana, que aunque no es muy abundante en este periodo sí está presente. Por otro lado, resulta curioso que cerámica del sur de Sinaloa se haya encontrado en diversas regiones, pero acá es muy escasa la de otras zonas, o quizá esta impresión se deba a que en realidad no hemos logrado reconocerlo.

Así, se ha reportado en el sur de Sonora, en particular en Huatabampo, “una figurilla típica de Sinaloa, de la fase Tierra del Padre”,⁵ pero se encuentra asociada a materiales mucho más tardíos. Ella supone que el contacto entre ambas regiones se dio a través de conexiones marítimas siguiendo la costa.⁶

Por su parte, Charles Kelley y Howard Winters⁷ reconocen en Durango materiales cerámicos tanto de la fase Tierra del Padre como Baluarte, sobre todo de los tipos policromos, así como figurillas “White filleted” y malacates. Es decir, hay una relativa abundancia, a pesar de que entre ellos se interpone la importante barrera geográfica que es la sierra Madre Occidental, por lo que es probable que la relación se haya establecido a través de los ríos Presidio y Baluarte, que nacen en las partes altas de la serranía, relativamente cercanos a la altiplanicie de Durango.

Sin embargo, no cabe duda que los contactos más claros y continuos se dieron con la vecina

región del norte de Nayarit, con la cual el sur de Sinaloa, forma una unidad geográfica; esto ha sido establecido tanto en Peñitas como en Amapa, sitios arqueológicos ubicados en las márgenes del río San Pedro. Esta relación es tan notable que se ha llegado a postular que la cerámica de ambas regiones son en realidad variantes de un mismo estilo que se manifiesta en el uso de los mismos colores y diseños decorativos.⁸

No obstante, aun cuando sí es evidente una cierta unidad cultural reflejada en los tepalcates, también es cierto que hay algunas diferencias; pero ellas pueden ser el reflejo de la organización sociopolítica, ya que es de esperar que al estar separados en unidades políticas pequeñas, éstas tuvieran una cierta independencia y autonomía en ciertos aspectos, lo que se manifiesta en primer término en los objetos de uso cotidiano, quizá por ello podemos encontrar algunas diferencias en la cerámica monocroma pero no en los artefactos de carácter ritual.

Como ya dijimos, la obsidiana es el elemento de origen foráneo más notable en la región, la cual llegaba acá en la forma de artefactos terminados como puntas de proyectil y, sobre todo, como pequeños nódulos sin trabajo previo invertido. De estos últimos creemos que provienen del yacimiento de Llano Grande, ubicado en el Altiplano duranguense (ver mapa); en tanto que las puntas de proyectil, de acuerdo con los resultados del análisis PIXE provienen del yacimiento de la Sierra de las Navajas, en el actual estado de Hidalgo.⁹ Al parecer llegó a la región no como resultado de una relación directa entre el sur de Sinaloa y el Altiplano Central, sino a través de los grupos de Zacatecas y Durango, los cuales mantuvieron relaciones con ambas zonas.¹⁰

II

Hacia el año 750 d. C. ocurre un cambio en las características de la cerámica, como resultado aparentemente de la transformación de algunos aspectos de la vida cotidiana y de la vida en general.

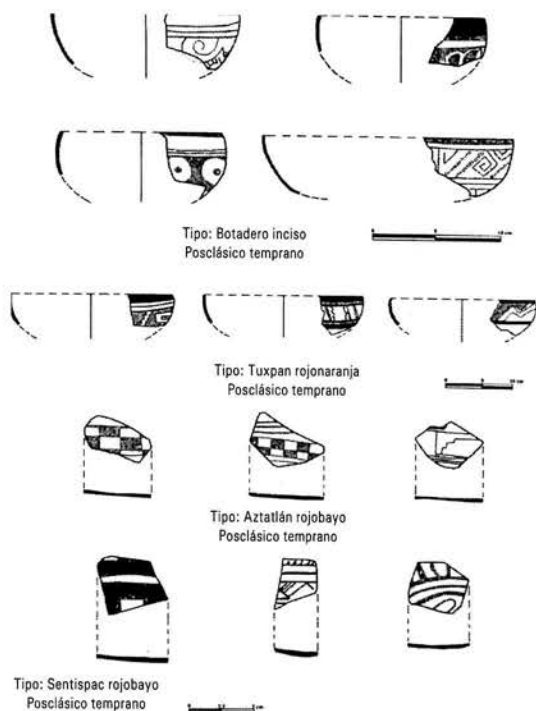


Figura 3. Tipos representativos de la segunda etapa (750-1200 d. C.)

Así, en primer lugar, se da un cambio en el uso de ciertas clases de pasta para la elaboración de las vasijas, dejando de lado la hasta el momento casi exclusiva utilización de la pasta de gránulos medios, habiendo ahora una preferencia, por un lado, en el uso de pastas con gránulos grandes y gruesos, esto es, sin una previa selección, y, por el contrario, también comienza a usarse una arcilla fina, la cual debió someterse a una limpieza de inclusiones y puede ser que incluso se haya cribado.

En el caso de la primera clase de pasta, ésta se usó para la elaboración de las vasijas de uso doméstico, en específico para aquellos utensilios destinados a la preparación de la comida y/o el almacenamiento, ya que en su mayor parte corresponden a ollas, jarras y cazuelas. Mientras que de pasta fina, las formas predominantes son los cuencos y cajetes, y sólo ocasionalmente se encuentran ollas y jarras; es decir, aunque también pueden ser destinadas al uso doméstico, éstas quizá sólo eran para el consumo de los alimentos.

También con pasta fina se elaboraron las vasijas decoradas, algunas de las cuales, al parecer, eran usadas exclusivamente en prácticas rituales o ceremoniales.

En este último caso, aparte de la utilización de otra clase de pastas, cambian también los diseños y los motivos en la decoración de la cerámica bicroma y policroma, a la vez que, aun cuando no hay cambios substanciales en los colores, en realidad éstos son más firmes y brillantes (fig. 3).

Sin embargo, nosotros encontramos que existe continuidad en la ocupación en algunos sitios, sin evidencias notables de cambio cultural, aunque sí, quizá, político, pues hay muchos asentamientos que a partir de este momento quedan deshabitados. Por tanto, es probable que la desocupación de estos sitios sea más bien el resultado de la implementación de nuevos mecanismos de subsistencia y/o de control político y no que la región en general se haya deshabitado por un tiempo y luego hayan llegado nuevos grupos con otro bagaje cultural. Sobre este aspecto podemos hacer notar que hubo un reacomodo de los asentamientos con relación al periodo Clásico, en el que se ocupan preferentemente las orillas de los esteros en la parte sur del área, así como el pie de monte de la sierra en el extremo norte; por el contrario, se desocupan varios de los sitios de la vega del río y de los valles intermontanos ubicados entre los ríos Baluarte y Presidio; aunque claro, algunos de los asentamientos sí muestran continuidad en su ocupación.

En este mismo sentido apuntan los resultados de Richard Shenkel, en su estudio de los asentamientos de la zona estuarina, quien señala que es notorio un aumento en la explotación de moluscos de concha, lo que el mismo Shenkel explica por "el arribo al área de grupos con una nueva técnica de explotación y el gusto por la carne de moluscos".¹¹ Sin embargo, nosotros encontramos que ya desde el periodo Clásico hay consumo de ellos, aunque claro no con la intensidad de este momento. Esto es, ya tenían la capacidad técnica necesaria para la explotación de moluscos, por lo que más que el inicio de su consumo en

esta época, lo que pudo suceder es la especialización de cierto grupo en la pesca y conservación de la carne de molusco, lo que permitió que ésta durara más tiempo, quizá a través del ahumado.¹²

La especialización en actividades pesqueras les llevó a asentarse de modo permanente en las orillas de los esteros; aunque muchos de los sitios son en realidad sólo acumulaciones de concha y no hay restos de otras actividades como cerámica y lítica;¹³ o sea, son sitios de pesca, en los que únicamente se recolectaban moluscos y no eran asentamientos habitacionales. Es decir, para estos momentos se acentúa el proceso de especialización iniciado en el periodo anterior, y en el que ciertos asentamientos se dedicarían casi exclusivamente a determinadas actividades y, por tanto, tendrían la necesidad de intercambiar por los bienes que ellos no producían; no obstante, este intercambio no sería directo sino que de ello se encargaría un grupo, un redistribuidor. Esta especialización se pone de manifiesto en algunos asentamientos de esta época, ubicados en valles en los que sí hay claras evidencias de actividades agrícolas pero no hay ninguna concha, así que les debió llegar únicamente la carne, sobre ello resulta sintomático el sitio San Miguel (EC-012).

Esta situación requiere necesariamente de la existencia de un asentamiento de complejidad importante que se encargaría de la redistribución y ejercería el control económico del que se deriva el político. Uno de los mecanismos de control, usados casi de forma invariable en todos los tiempos y culturas, es la religión. Por ello debemos esperar el incremento de evidencias con simbolismo religioso (que dicho sea de paso, es uno de los indicadores del desarrollo de la organización sociopolítica de las sociedades jerárquicas). Una de ellas es, sin duda, la proliferación de elementos iconográficos en la cerámica Aztatlán.

Otro elemento, y no descartable por cierto, es la presencia en la marisma de El Calón, sitio con un evidente carácter ceremonial.¹⁴ La pirámide de concha de El Calón se encuentra a orillas de la laguna Agua Grande, una de las pocas que permanecen con agua todo el año, pero, luego de la

temporada de lluvias se convierte en una isla debido a que los alrededores se inundan, lo cual coincide con la temporada alta de pesca. Así que debió resultar impresionante la celebración de una ceremonia en lo alto de la pirámide de más de 20 m de altura, la que sería visible por prácticamente todos los pescadores, y durante la cual se invocaría seguramente una buena pesca.

Para su funcionamiento, estas ceremonias debieron realizarse en forma periódica, al menos al inicio de la temporada de pesca, y los pescadores se acostumbrarían a ella,¹⁵ relacionándola con la presencia de los moluscos y del camarón, los cuales tienen un ciclo biológico bien determinado, por lo que casi siempre se reproducen en la misma época del año, al inicio del otoño. Sin embargo, este sitio era sólo de carácter ceremonial y debió depender de otro en el que se llevaran a cabo las actividades administrativas, además de otras de carácter religioso, probablemente relacionados con el ciclo agrícola. El candidato es Juana Gómez, sitio arqueológico que se ubica sobre una loma a orillas del arroyo del mismo nombre, el cual se compone de varios montículos; aunque, es probable que en las márgenes de alguno de los ríos haya un sitio de mayor complejidad que haya funcionado como centro rector.

Por desgracia, muchos de los montículos fueron elaborados con tierra y, de un tiempo a esta parte, las vegas de los ríos han sido sometidas a una intensa actividad agrícola en la que se ha utilizado maquinaria pesada con el fin de nivelar los terrenos, destruyendo buena parte de las estructuras arquitectónicas prehispánicas. Pero también es cierto que en realidad la investigación arqueológica en la región está apenas en sus inicios, así que no desesperemos.

Pero dejando de lado las lamentaciones y regresando hacia cosas más concretas, es evidente que uno de los elementos más destacados de este periodo en la región es la cerámica Aztatlán, sobre la que se han dicho mil y una cosas, aquí trataremos de señalar algunas.

En primer lugar, llama la atención la amplia dispersión de vasijas policromas decoradas pro-

fusamente, ya que se han encontrado en varias zonas; aparte del sur de Sinaloa y norte de Nayarit, que fue la primera región en la que se reconoció y a la que incluso se bautizó con ese nombre.¹⁶ Así, hay una relativa abundancia de las mismas en Guasave¹⁷ y en Culiacán,¹⁸ que se consideran a veces dentro de la misma área cultural. Pero también se han reportado con cierta amplitud en el sur de Jalisco,¹⁹ en Huatabampo, Sonora;²⁰ que están todavía en la zona costera del Pacífico; e incluso en regiones bastante lejanas y/o con barreras geográficas como Durango,²¹ y hasta hay unos cuantos ejemplos provenientes de la zona de influencia de Casas Grandes y el suroeste de Estados Unidos.²²

Es decir, hay evidencias de interrelaciones en una zona más bien amplia, lo que se manifiesta no únicamente en la cerámica, sino también en otra clase de objetos, caso específico de la lítica tallada, en especial de la navajillas prismáticas de obsidiana; las cuales son relativamente abundantes en esta época. De acuerdo con el análisis físico-químico de éstas se determinó que en su mayoría provienen de los yacimientos de Pénjamo y Abasolo, en el actual estado de Guanajuato, y el resto son de El Pedernal, ubicado en la cuenca de Magdalena, Jalisco.²³ Sabemos que la obsidiana de Guanajuato llegó en esta época a la costa del Pacífico por la ruta del río Balsas.²⁴ Así que pudo llegar al sur de Sinaloa a través de los contactos con los grupos costeros.

También los moluscos de concha tuvieron su papel como bienes de intercambio, tanto en lo que respecta a su carne, como a objetos elaborados con la concha e incluso de perlas.²⁵ Es decir, hay varios productos que parecen haber sido objeto de intercambio en una vasta zona del occidente y noroeste de México en el Posclásico temprano.

Esta interrelación pudo haber tenido alguna influencia en el desarrollo sociopolítico y económico de la región sur de Sinaloa en particular y, en general, en toda la costa del occidente,²⁶ ya que pudo ocurrir que las presiones económicas y políticas de otros grupos les hayan empujado a consolidar su integración (que ya había comenzado

tiempo atrás) con el fin de estar en condiciones de competir y no ser absorbidos políticamente por alguno de aquellos. Incluso, existe la posibilidad de la absorción de ideas como un estímulo para el desarrollo de ciertos grupos.²⁷

Bajo este aspecto podrían abordarse las características de la cerámica Aztatlán, cuyo rasgo principal es la utilización de pintura roja sobre fondo bayo, café o naranja, por lo que se ha tratado de relacionar con la cerámica Coyotlatelco del centro de México.²⁸ Sin embargo, por sus características, consideramos que se puede incluir dentro de la tradición rojo sobre bayo del norte y occidente de México y cuya máxima dispersión coincide en tiempo con el de ésta.

Las características de las vasijas Aztatlán, que la ubican entre “algunas de la cerámicas prehistóricas conocidas más elaboradas del Nuevo Mundo”,²⁹ sería el resultado de la incorporación del simbolismo religioso de estos grupos plasmando en ella los elementos iconográficos propios de sus creencias.

No obstante, debido a la gran semejanza que guarda con la cerámica Mixteca-Puebla se ha pretendido que la primera (Aztatlán) deriva de ésta,³⁰ pero, como hemos estado viendo, la cerámica Aztatlán se remonta hasta por lo menos el 750 d. C., mientras que la Mixteca-Puebla parece ser posterior. Entonces, o la influencia fue en sentido inverso o bien son manifestaciones independientes derivadas de una tradición cultural común, ya que hay cada vez más elementos que nos permiten reconocer a los pobladores de la región como nahuas, incluso desde el periodo Clásico.³¹

III

De cualquier forma, esta situación termina hacia el 1100 d. C., o quizá un poco después, para dar paso a una nueva etapa, en la que parece haber un aislamiento de la región del resto del occidente y noroeste de México, durante la cual se rompe aparentemente la “unidad cultural” para dar lugar a la fragmentación en unidades territoriales pequeñas.

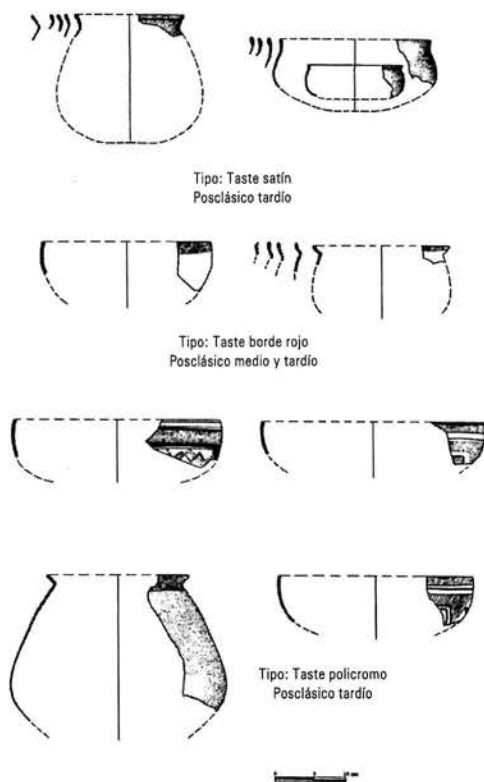


Figura 4. Tipos representativos de la tercera etapa (1200-1532 d. C.)

En el sur de Sinaloa la cerámica se caracteriza por un acabado lustroso (satén, le llamó Isabel Kelly) y la utilización de pastas aún más finas que las usadas en la cerámica Aztatlán, así como por la presencia dominante de una forma específica: cajetes con el borde evertido, además de una gran cantidad de tecomates de paredes delgadas (fig. 4).

De este periodo se registraron sólo unos pocos sitios, los cuales se ubican, por un lado, hacia la parte norte de la región, en particular en la vega del río Presidio, pero en las cercanías de la costa; y por el otro, en la parte sur, a orillas de los esteros. Es decir, contamos con pocos elementos como para postular el tipo de organización política, pero no puede ser sustancialmente distinta de la del periodo anterior, aunque sin la estrecha interrelación con áreas lejanas. Asimismo, parece ocurrir un vuelco en las actividades productivas, decayendo casi por completo la recolección de moluscos de concha, en particular de ostión, aun-

que en el sitio MR-003 La Milpa de la Pila, cuya ocupación principal es de este periodo, hay una relativa abundancia de “patas de mula”; este cambio en el patrón de subsistencia se debió, según Shenkel, a que: “Alrededor del 1300 de nuestra era, ellos [los comedores de moluscos] dejan el área por alguna razón, quizá una extinción temporal de los ostiones debido a la sobreexplotación y una inundación otoñal devastadora”.³²

Es decir, que, de acuerdo con este autor, llegaron, comieron ostiones y se fueron. Sin embargo, la cerámica policroma de esta fase guarda bastante relación con la cerámica Aztatlán, sólo que ya no hay profusión de elementos iconográficos sino sólo de elementos geométricos, lo que sugiere que continúa una misma tradición cultural pero con cambios en los patrones de conducta, de estrategia de subsistencia, derivadas sí, quizá de la extinción temporal de los ostiones, por lo que *ahora sólo* se aprovecharían el resto de los recursos pesqueros como el camarón, la jaiba y una amplia variedad de peces, además de la caza, la agricultura y la extracción de sal.

Por otro lado, aun cuando ya no hay evidencias de relaciones con áreas lejanas, sí continúan los estrechos contactos con el norte de Nayarit y, en menor medida, con Durango. De hecho, parece ser que la región comprendida entre el río Piaxtla y el río Santiago, forma todavía una unidad cultural. Pero, de repente, esta secuencia cultural parece terminar hacia el 1250-1300 d. C.;³³ es decir, más de 200 años antes de la llegada de los españoles a tierras sinaloenses. Sin embargo, todas las relaciones de la entrada de Nuño de Guzmán a estos lares coinciden en que estaba “hartamente poblada”; entonces, ¿qué ocurre con esos 200 años sin utillaje? Debemos recordar que esta secuencia se estableció principalmente con base en la presencia de artefactos de Sinaloa en Durango, y aunque allá dejen de encontrarse hacia el 1300, ello no necesariamente significa que en Sinaloa haya habido un despoblamiento, sino que la explicación más obvia es que se rompieron las relaciones entre estas dos áreas, sea la causa que haya sido.

Por otro lado, en prácticamente todos los sitios arqueológicos de la región, la última ocupación se encuentra arrasada, ya sea por las labores agrícolas o la erosión eólica, así como la derivada de los torrenciales aguaceros que se abaten sobre ella en el otoño.

IV

De acuerdo con las relaciones de la Jornada de Nuño de Guzmán por la Nueva Galicia,³⁴ a la llegada de los españoles, la región del sur de Sinaloa estaba dominada por el poblado de Chametla, que era la cabecera del señorío del mismo nombre que presumiblemente se extendía hacia el sur hasta el río de Las Cañas, que hoy sirve como límite entre los estados de Sinaloa y Nayarit. Sin embargo, hacia su parte norte, al parecer su dominio no llegaba ni siquiera hasta el río Presidio, sino que en sus márgenes se encontraba otro “pueblo principal” al que los españoles llaman Quezala, el cual estaba “muy bien poblado, hasta la mar poblado”. Pero no sabemos en realidad si era sujeto de Chametla o si era la cabecera de otro señorío. De cualquier forma, la subsistencia era principalmente derivada de la agricultura y la pesca; además de que producían una buena cantidad de sal. Estas dos últimas actividades se realizaban con técnicas que, con sólo unas pequeñas variaciones, se siguen practicando en la actualidad.

En suma, independientemente de que formaran unidades políticas diferentes, la región comprendida entre el río Piaxtla en Sinaloa y el río Santiago en Nayarit, formaban en el siglo XVI una unidad lingüística y cultural.

Toda la zona estaba habitada por los totorames o totonames, grupo de filiación nahua que ocupaba la mayor parte de la llanura costera, y los sitios principales, casi invariablemente, se localizaban en las cercanías de la costa; sin embargo, algunos de los asentamientos pequeños controlados políticamente se encontraban en la serranía. Aunque, también parece ser que en la parte alta de la sierra se encontraban otros grupos, los aca-

xees y xiximes, también de filiación nahua, pero con estrategias culturales diferentes y con los que presumiblemente había constantes enfrentamientos.

De hecho, el nombre Totorame o más bien Totoname³⁵ es de origen nahua, y significa “la gente del calor” y para quien ha estado en la zona, sabrá que no puede haber nombre más apropiado; asimismo, prácticamente todos los topónimos de la región son también de raíces nahuas, entre ellos podemos mencionar Mazatlán, Escuinapa, Teacapán y Caligüey (El Calón).

Sin embargo, como vimos, esta tradición cultural está presente en la región desde por lo menos la última parte del Clásico, manifestándose claramente en los tipos policromos Aztatlán, en donde hay representaciones de algunos de los dioses principales del panteón del Altiplano Central en el Posclásico tardío. Es decir, la unidad cultural de la región parece observarse a lo largo de toda la ocupación prehispánica, y su influencia se manifiesta en la actualidad, ya que es indudable que, por costumbres, actividades productivas, intereses y hasta en el modo de hablar, la parte sur de Sinaloa es más cercana al norte de Nayarit que incluso al resto de Sinaloa.

Notas

¹ Stuart Scott, “Un templo en el estuario. Hallazgos prehistóricos en las marismas de Sinaloa y Nayarit”, en *Notas Antropológicas*, vol. I, núm. 3. y S. Scott, “Core versus marginal Mesoamerica: a coastal west Mexican perspective”, en Michael S. Foster y Phil C. Weigand, eds., *The Archaeology of west and northwest Mesoamerica*.

² Isabel Kelly, *Excavations at Chametla, Sinaloa*.

³ Charles J. Kelley y Howard D. Winters, “A revision of the archaeological sequence in Sinaloa, Mexico”, en *American Antiquity*, vol. V, núm. 4.

⁴ Alicia Blanco, comunicación personal, 1999.

⁵ Beatriz Braniff, *Arqueomoluscos de Sonora, noroeste y occidente de Mesoamérica*.

⁶ *Idem*.

⁷ Ch. J. Kelley y H. D. Winters, “A revision of the archaeological sequence in Sinaloa, Mexico”, en *op. cit.*

⁸ Betty Bell, “Archaeology of Nayarit, Jalisco and Colima”, en *Handbook of Middle American Indians. Archaeology of Northern Mesoamerica*, p. 711.

⁹ Luis Alfonso Grave Tirado *et al.*, “El análisis físico-químico de la obsidiana como herramienta heurística para el establecimiento de relaciones”.

¹⁰ Ch. J. Kelley y H. D. Winters, “A revision of the archaeological sequence in Sinaloa, Mexico”, en *op. cit.* y Nelson, “Observaciones acerca de la presencia tolteca en la Quemada, Zacatecas”, en Federica Sodi Miranda, coord., *Mesoamérica y norte de México. Siglo IX-XII*, t. 2.

¹¹ J. Richard Shenkel, “Quantitative analysis and population estimates of the shell mounds of the Marismas Nacionales, West México”, en Betty Bell, ed., *The Archaeology of West Mexico*, p. 62.

¹² Aunque es probable que desde la primera parte del Clásico ya fuera conocida esta técnica en la región, ya que en contextos de ese momento en el sitio EC-012 San Miguel, se encontraron algunas conchas de ostión con evidencia de haber sido sometidas al fuego.

¹³ J. R. Shenkel, “Quantitative Analysis and Population Estimates of the Shell Mounds of the Marismas Nacionales, West México”, en *op. cit.*, y S. Scott, “Archaeology and the Estuary: Researching Prehistory and Paleoecology in the Marismas Nacionales Sinaloa and Nayarit, México”, en *op. cit.*

¹⁴ “Este montón de conchas (casi todas todavía cerradas), había sido levantado hasta una altura de 25 metros. Tiene el aspecto indudable de un templo debido a su forma de pirámide truncada. Arriba se observa una superficie cuadrilátera nivelada por los arquitectos prehispánicos. En la base mide 80 metros de ancho por 100 metros de largo” (S. Scott, “Un templo en el estuario. Hallazgos prehistóricos en las marismas de Sinaloa y Nayarit”, en *Notas Antropológicas*, vol. I, núm. 3, p. 98).

¹⁵ “Dondequiera que los hombres se hayan acostumbrado a esta vivencia [la ceremonia] repetida con precisión y limitada con exactitud en sus iglesias y templos, ya no pueden prescindir de ella. Mantienen con respecto a ella una dependencia como si se tratase del alimento y de todo lo demás que constituye su existencia” (Elías Canetti, *Masa y poder*, p. 20).

¹⁶ Carl Sauer y Donald Brand, *Aztatlán: Prehistoric Mexican Frontier of the Pacific Coast* e I. Kelly, “Ceramic provinces of Northwest México”, en *IV Reunión de Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*.

¹⁷ Gordon Ekholm, *Excavations at Guasave, Sinaloa, Mexico*, vol. 38.

¹⁸ I. Kelly, *Excavations at Culiacán, Sinaloa*.

¹⁹ Joseph B. Mountjoy, *Proyecto Tomatlán de salvamento arqueológico. Fondo etnohistórico y arqueológico. Desarrollo del proyecto. Estudios de la superficie* y J. B. Mountjoy, “El desarrollo de la cultura Aztatlán visto desde su frontera suroeste”, en Federica Sodi Miranda, coord., *Mesoamérica y norte de México. Siglo IX-XII*, t. 2.

²⁰ Ana María Álvarez Palma, *Huatabampo: consideraciones sobre una comunidad agrícola prehispánica en el sur de Sonora, México*.

²¹ Ch. J. Kelley y H. D. Winters, "A revision of the archaeological sequence in Sinaloa, Mexico", en *op. cit.*; Jaime Ganot y Alejandro Peschard, "El Posclásico temprano en el estado de Durango", en F. Sodi, *op. cit.*

²² J. B. Mountjoy, "El desarrollo de la cultura Aztatlán visto desde su frontera suroeste", en *op. cit.*

²³ L. A. Grave Tirado *et al.*, *op. cit.*

²⁴ Juan Rodrigo Esparza López, *Aplicación de las técnicas nucleares PIXE y NAA para el estudio de las rutas de comercio de la obsidiana en Tierra Caliente, Michoacán*.

²⁵ B. Braniff, "A propósito del Ulama en el norte de México", en *Arqueología* 3 y J. B. Mountjoy, "Recursos costeros del occidente y su papel en el desarrollo de la cultura prehispánica: los moluscos", en Ricardo Ávila Palafox, coord., *El occidente de México en el tiempo. Aproximaciones a su definición cultural*.

²⁶ Cf. *Idem*.

²⁷ "Un gran número de arqueólogos hoy día están de acuerdo en que las sociedades pueden verse alteradas no sólo por presiones políticas y económicas de grupos vecinos, sino también por ideas que han tomado prestadas de sociedades adyacentes, hasta el punto de que la cultura que las recibe puede desarrollarse de una manera muy diferente a como lo hubiera hecho si no hubiera recibido esos estímulos externos" (Bruce Trigger, *Historia del pensamiento arqueológico*, p. 309).

²⁸ Ch. J. Kelley y H. D. Winters, "A revision of the archaeological sequence in Sinaloa, Mexico", en *op. cit.*, p. 560 y B. Bell, "Archaeology of Nayarit, Jalisco and Colima", en *op. cit.*, p. 750.

²⁹ Clement W. Meighan, "Archaeology of Sinaloa", en *Handbook of Middle American Indians*, vol. II, p. 761.

³⁰ Kelly, 1941, G. Ekholm, *op. cit.*

³¹ Cf. Christian Duverger, "Evidencias de la presencia náhuatl en el occidente de México durante el Clásico y Posclásico", en Ricardo Ávila Palafox, coord., *El occidente de México en el tiempo. Aproximaciones a su definición cultural*.

³² J. Richard Shenkel, "Quantitative analysis and population estimates of the shell mounds of the Marismas Nacionales, West México", en *op. cit.*, p. 62.

³³ Cf. Ch. J. Kelley y H. D. Winters, "A revision of the archaeological sequence in Sinaloa, Mexico", en *op. cit.*

³⁴ Joaquín García Icazbalceta, *Colección de documentos para la historia de México*.

³⁵ Ch. Duverger, "Evidencias de la presencia náhuatl en el occidente de México durante el Clásico y Posclásico", en *op. cit.*

Referencias

Álvarez Palma, Ana María, *Huatabampo: consideraciones sobre una comunidad agrícola prehispánica en el sur de Sonora, México*. México, ENAH, 1985.

Bell, Betty, "Archaeology of Nayarit, Jalisco and Colima", en *Handbook of Middle American Indians. Archaeology of Northern Mesoamerica*. Ed. de Gordon Ekholm e Ignacio Bernal. Austin, Universidad de Texas, 1971.

Braniff, Beatriz, "A propósito del Ulama en el norte de México", en *Arqueología* 3. México, Dirección de Monumentos Prehispánicos/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988.

Braniff, Beatriz, *Arqueomoluscos de Sonora, noroeste y occidente de Mesoamérica*. México, ENAH/INAH, 1989. (Cuaderno de trabajo, 9)

Canetti, Elías, *Masa y poder*. Madrid, Alianza/Muchnick, 1983.

Duverger, Christian, "Evidencias de la presencia náhuatl en el occidente de México durante el Clásico y Posclásico", en Ricardo Ávila Palafox, coord., *El occidente de México en el tiempo. Aproximaciones a su definición cultural*. Guadalajara, Jal., Universidad de Guadalajara, 1994.

Ekholm, Gordon, *Excavations at Guasave, Sinaloa, Mexico*, vol. 38. Nueva York, Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, 1942.

Esparza López, Juan Rodrigo, *Aplicación de las técnicas nucleares PIXE y NAA para el estudio de las rutas de comercio de la obsidiana en Tierra Caliente, Michoacán*. Tesis. México, ENAH, 1999.

Grave Tirado, Luis Alfonso *et al.*, "El análisis físico-químico de la obsidiana como herramienta heurística para el establecimiento de relaciones". Ponencia-cartel presentada en el II Congreso Internacional de Arqueometría. México, IIA/UNAM, mayo de 2001.

Kelley, Charles J. y Howard D. Winters, "A revision of the archaeological sequence in Sinaloa, Mexico", en *American Antiquity*, vol. V, 25, núm. 4, 1960, pp. 547-561.

Kelly, Isabel, *Excavations at Chametla, Sinaloa*. Berkeley, Universidad de California, 1938. (Iberoamericana, 14)

Kelly, Isabel, *Excavations at Culiacán, Sinaloa*. Berkeley, Universidad de California, 1945. (Iberoamericana, 25)

Kelly, Isabel, "Ceramic Provinces of Northwest Mexico", en *IV Reunión de Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*. México, SMA, 1948.

Meighan, Clement W., "Archaeology of Sinaloa", en *Handbook of Middle American Indians*, vol. II, Austin, 1971.

- Mountjoy, Joseph B., *Proyecto Tomatlán de salvamento arqueológico. Fondo etnohistórico y arqueológico. Desarrollo del proyecto. Estudios de la superficie*. México, Centro Regional del Occidente/INAH, 1982. (Científica arqueología, 122)
- Mountjoy, Joseph B., "El desarrollo de la cultura Aztatlán visto desde su frontera suroeste", en Federica Sodi Miranda, coord., *Mesoamérica y norte de México. Siglo IX-XII*, t. 2. México, Museo Nacional de Antropología/INAH, 1990.
- Mountjoy, Joseph B., "Recursos costeros del occidente y su papel en el desarrollo de la cultura prehispánica: los moluscos", en Ricardo Ávila Palafox, coord., *El occidente de México en el tiempo. Aproximaciones a su definición cultural*. Guadalajara, Jal., Universidad de Guadalajara, 1994.
- Nelson, "Observaciones acerca de la presencia tolteca en la Quemada, Zacatecas", en Federica Sodi Miranda, coord., *Mesoamérica y norte de México. Siglo IX-XII*, t. 2. México, Museo Nacional de Antropología/INAH, 1990.
- Sauer, Carl y Donald Brand, *Aztatlán: Prehistoric Mexican Frontier of the Pacific Coast*. Berkeley, Universidad de California, 1932. (Iberoamericana, 1)
- Scott, Stuart, "Archaeology and the Estuary: Researching Prehistory and Paleocology in the Marismas Nacionales Sinaloa and Nayarit, México", en Betty Bell, ed., *The Archaeology of West Mexico*. Ajijic, Jal., Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, 1974.
- Scott, Stuart, "Un templo en el estuario. Hallazgos prehistóricos en las marismas de Sinaloa y Nayarit", en *Notas Antropológicas*, vol. I, núm. 3. México, UNAM, 1974.
- Scott, Stuart, "Core versus marginal Mesoamerica: a Coastal west Mexican Perspective", en Michael S. Foster y Phil C. Weigand, eds., *The Archaeology of west and northwest Mesoamerica*. Boulder-Londres, Westview Press, 1985.
- Shenkel, J. Richard, "Quantitative analysis and Population Estimates of the Shell Mounds of the Marismas Nacionales, West México", en Betty Bell, ed., *The Archaeology of West Mexico*. Ajijic, Jal., Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, 1974.
- Trigger, Bruce, *Historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona, Crítica, 1992.